

## XI

**Charla imprudente.**

Era un punto importante para el Conde averiguar los disfraces y el domicilio de los asesinos de Nevers; saber que gentes como Nocé y Lavallade hacían tan poco aprecio de su dignidad que se rebajaban hasta representar el papel de saltimbanquis é informarse de la llegada del resto de la banda.

De todo sacaría provecho; mientras tanto se preguntaba qué disfraces habrían adoptado los otros enrodados.

Tampoco ellos podían volver á París con la cara descubierta, y si por lo que á él personalmente le atañía la transformación que pudieran sufrir los acólitos de Gonzaga le tenía sin cuidado, no dejaba de preocuparle por lo que á los dos diestros concernía, conociendo su buena fe candorosa para cuanto con semejantes tretas de mala ley se relacionaba.

En la lucha decisiva que entablaba, con plena conciencia del valor de sus auxiliares, si no estaba dispuesto á esquivar peligros de ninguna clase, ni para él ni para ellos, Lagardère, no quería tampoco exponer inútilmente la existencia de ninguno.

Era un disparate pensar en revestir á Cocardasse, y Passepoil, y á Berrichón por añadura, con disfraces que les privaran de la espada que tanta falta les hacía.

Por otra parte, dejarlos sin disfraz era ponerlos en situación de inferioridad respecto á sus adversarios.

Buena prueba de ello habían dado Nocé y Lavallade, aprovechando sus disfraces para atentar contra la existencia de los maestros de esgrima en el Puente Rojo. Y los otros enrodados no dejarían de hacer lo mismo en cuanto se les presentara ocasión, validos de la superioridad que les proporcionaba el pasar ante sus adversarios sin ser conocidos.

—¡Sea lo que Dios quiera!—se dijo después de muchas reflexiones.—Los hombres son quisquillosos y capaces de salir con bien por sí solos de cuantas emboscadas les preparen. Se resistirían mucho si mis consejos pudieran hacerles suponer que dudaba de ello. Esperemos los acontecimientos.

Formulados estos pensamientos optimistas, entró en una carnicería á comprar carne.

El carnicero parecía conocer al estudiante, porque le dijo benévolutamente:

—¡Calle! ¡Apuesto á que todavía estás en ayunas! Vete pronto á cenar, amiguito: con esa vida que haces te estás matando. Come bien.

30111

para que te vuelva un poco la sangre á la cara.

El escolar sonrió, guardó su comprá, y se dirigió á una casita de la calle de Nevers, cerca del Puente Nuevo, donde tenía su alojamiento.

Era una buhardilla, cuya llave llevaba en el bolsillo.

Cerró la puerta tras sí, echó una ojeada al cuarto y se quitó el jubón, quedando como era: derecho como una I, firme sobre sus piernas sólidas, y ágil como una espada.

Contrariamente á las advertencias del carnicero, Lagardère no se preocupó de asar la carne comprada: verdad es que no tenía en el cuarto nada á propósito para guisar, y, por otra parte, había comido bien antes de ir al café Procopio.

Pero tenía un convidado, y de muy buen diente á juzgar por el trozo de carne que le destinaba.

Fué á buscarlo en la famosas alforjas que llevaba durante el combate y el naufragio.

Á la sazón entregábase el incógnito comensal á una danza desenfrenada, que quizás lo hubiera sido más á no estar sujeto por una correa á la pata de la mesa.

El olor de la carne produjo, sin duda, aquel grotesco y frenético baile, porque redobló cuando Lagardère desenvolvió su compra.

Antes de acercarse el Conde, se aseguró de

que la llave, metida por dentro, obstruía por completo el ojo de la cerradura, y, por consiguiente, ninguna mirada indiscreta podía sorprender su secreto.

Tales precauciones nos obligan asimismo á la discreción, y tampoco nosotros revelaremos por ahora en qué consistía el misterio.

Lo que nos consta es que una hora después Lagardère dormía profundamente y lo mismo su convidado, si hemos de juzgar por su quietud.

En el palacio de Nevers, Morfeo no se mostraba tan benigno con Passepoil y Cocardasse, los cuales, á pesar de las emociones y fatigas de la jornada, no pudieron pegar un ojo durante la mayor parte de la noche.

Acostádos en la habitación que conocemos, en cuanto uno de ellos comenzaba á amodorrarse, el otro le desvelaba con una exclamación.

—¡Ah, pequeño! ¡Qué júbilo haber encontrado á Lagardère!

—¡Pardiez, mi noble amigo!... ¡Ya me dormía!

—¿Cómo puedes dormir pensando que debía estar aquí, y que mademoiselle Aurora no dormiría de alegría por su regreso?

—¿Supones tú que dormirá á estas horas?... Estará llorando á lágrima viva, más probablemente.

—¿Crees tú...?

—¡Ah, Cocardasse! ¡Cómo se conocé que no sabes lo que es una mujer que ama!

Esta reflexión del normando los conmovió hasta tal punto, que estuvieron á punto de verter lágrimas.

Al cabo de un rato el bueno de Amable suspiró y dijo:

—Puede ser que Maturina me lllore también en el silencio de la noche. ¿Dónde estará, ¡ay!, mi pobre Maturina?

El gascón, aunque desdeñase profundamente las pasiones amorosas, respetó aquel arranque de ternura, y durante otro rato callaron.

Los párpados del enamorado diestro se cerraban ya, cuando su compañero prosiguió diciendo.

—¡Mal pecado! Mientras estamos aquí tan blandos y cómodos sobre nuestros colchones de lana, ¿dónde dormirá él? ¿No lo sospechas?

—No puedo decírtelo, amigo Cocardasse, porque lo ignoro como tú.

—Pues habría que saberlo—replicó seriamente el tolosano, sublevado por aquella aparente indiferencia.—Las calles de París no son muy seguras de noche, y no hubiéramos debido separarnos de él.

—Pero puesto que él mismo nos lo orde-

nó... Además, que yendo siempre con él, bastaría para que le reconocieran.

Tan juiciosa observación no desconcertó á su compañero, que continuó:

—¡Ah, qué bien razones, mi buen Amable! ¡Qué extraña idea la suya de ocultarse cuando podía ir por todo París con la frente muy alta y figurar en la corte como uno de los primeros después del Regente!

—Sus ideas no nos importan, Cocardasse.

Éste iba á replicar; pero se detuvo en seco, se incorporó y escuchó.

—¿Qué tienes?—le preguntó el normando.

—Creo haber oído ruido detrás de la puerta.

—¡Sueñas! No hay nadie levantado en el palacio á estas horas.

Sin embargo, ambos contuvieron la respiración y aguzaron los oídos. Pero como no se reprodujo el ruido, prosiguieron su palique.

—¡Sangre de Cristo! ¡Ese secreto me abruja! ¿Cómo haremos para ver todos los días triste y desconsolada á mademoiselle Aurora y contenernos para no decirle... ¡Con una palabra, con una sola, la haríamos tan feliz!

—La lengua te perderá, Cocardasse.

—Más te perderán á ti las faldas, Amable.

—No era mi intención molestarte, mi no-

ble amigo. Solamente quería hacer constar que en cuanto se te confía un secreto, ya sientes ganas de pregonarlo á los cuatro vientos. Si se tratase de otra cosa, pase; pero el secreto de nuestro Lagardère es sagrado.

—No es para hacerle daño para lo que...

—No importa. Nos mandó callar, sobre todo no darlo á conocer á mademoiselle Aurora, y aunque me pusieran en el potro, aunque ante mis ojos quemasen á Maturina á fuego lento, no diría palabra. Cocardasse, vas á jurarme por...

—¿Por quién, pequeño? Yo no tengo pasiones.

Amable reflexionó un momento.

—Por *Petronila*, por la nueva *Petronila*, júrame que serás mudo como una carpa.

La luna filtraba sus rayos á través de los vidrios encuadrados por listones de plomo, y su pálida claridad bañaba el lecho del gascón. Su compañero le vió descolgar la espada, extender sobre ella la mano con ademán teatral y decir.

—¡Á fe de Cocardasse, juro por mi *Petronila* número 2, decir...!

—¡Decir! ¿Decir qué?

—¡Aguarda, pequeño! Decir que el conde Enrique de Lagardère no está en París.

El normando se encogió de hombros.

—¡Pobre amigo mío!—exclamó en tono de lástima. —No es eso. Repite mis palabras: Juro...

—Juro...

—Sigue repitiendo: «Juro no decir á nadie que he visto al conde de Lagardère, ni pronunciar la menor palabra que pueda dar lugar á suponer que conozco su paradero, sobre todo en presencia de mademoiselle Aurora ó de otra persona que pudiera contárselo, hasta tanto que el mismo conde Enrique me releve de mi juramento.»

Cocardasse repitió palabra por palabra, y al terminar lanzó un ¡uf! de satisfacción. Aunque era muy parlanchín, el juramento le ataba la lengua.

Y lo cumpliría.

—¡Ah, pequeño! ¡Ya tengo ganas de que amanezca para volver á verle!

—Y yo también.

Con este deseo y la conciencia tranquila, no tardaron [en dormirse; pronto el duo de sus ronquidos turbó el silencio de la casa.

Y al otro lado de la puerta, en el pasillo, dos formas blancas que habían escuchado el diálogo, al oír sus ronquidos se alejaron silenciosamente, como si sus pies no tocaran el suelo.

Cocardasse no había soñado. ¿Quién en el



—«Juro no decir á nadie que he visto á Lagardère...

palacio se entregaba á semejante espionaje? No podían ser enemigos, pues la vigilancia era exquisita...

Las dos formas eran doña Cruz y Jacinta.

Ésta al ir á su cuarto, ya tarde, pues había velado bastante, pasó ligera y sin hacer ruido con su andar de montañesa ante el dormitorio de los dos diestros, y les oyó hablar. Sorprendida de que no durmieran, se paró instintivamente, y escuchó la noticia del regreso de Lagardère.

Por un segundo dudó si debía avisar á Aurora; pero después de corta reflexión se plantó en dos saltos en la cámara de Flor, y ambas se trasladaron al sitio conveniente, donde pudieron oír cuanto charlaban los dos maestros de armas.

—¡Buenas gentes!—exclamó la española en cuanto se hubo arrebuñado de nuevo en su lecho.—¡Son leales y honrados!

—¡Qué corazones!—añadió Jacinta.—Pero ¿qué haremos del secreto?

—Callarlo, porque no nos pertenece. No hace falta que me jures guardarlo. Por fin sabemos que ha vuelto con toda felicidad de España y que persigue y está á punto de acabar su obra.

—¡Dios quisiera que sea pronto! Por la señorita Aurora, y por vos.

—¡Pobre Aurora! Ahora voy á poder reani-

TOMO III

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MONTREY, MEX.

marla mejor, puesto que estoy convencida de la próxima realización de sus esperanzas..., de nuestra felicidad. ¡Gracias á ti, Jacinta, que me has proporcionado el medio y la ocasión de enterarme!

—¡Ojalá pudiera activar asimismo la empresa!

—¡Bah! ¡Toca á su fin!

Pero después de dichas estas animosas palabras meneó la cabeza y murmuró melancólicamente:

—¡Todavía riesgos! ¡Dios quiera que no fracase tan cerca del fin! Lo espero así, porque ahora sé que no está solo y que sus peores enemigos están lejos. Sin embargo, no ha matado á Gonzaga. Si le hubiese matado, no habría ocultado su regreso. No sé qué pensar, mi buena Jacinta. Antes de dormirte reza por él, por Aurora, por todos nosotros.

—¿Y no diréis nada al señor de Chaverny?

—No; á nadie. El secreto de Enrique no es nuestro, y no podemos revelarlo á nadie. Adiós, Jacinta: dame un beso, y vete á descansar un poco.

Ella también trató de dormir; pero en vano. Mil proyectos y cien mil cálculos la tenían en vela. Llegó á sentir haberse enterado del secreto, y como á Cocardasse, le parecía que no iba á lograr guardarlo. Á la mañana siguiente,

muy de madrugada fué á despertar á Aurora abrazándola y besando sus hermosos cabellos rubios.

—¿Qué pasa?—preguntó la Duquesita asombrada.—¿De pie antes de salir el sol? No suelen venir á besarme tan temprano.

Era cierto. Flor no se había fijado en que su júbilo tenía mucho de extraño. Todas las mañanas las jóvenes se abrazaban con tristeza, pensando que amanecía otro día más en que quizás tampoco tendrían noticias del ausente. Y aquella mañana aparecía alegre, radiante. Todos los pensamientos sombríos que habían asaltado su cerebro durante la noche, habían huido derrotados y á la desbandada al salir el sol. Su corazón se desbordaba de esperanza, y casi no comprendía cómo su amiga no presintiera, no hubiera adivinado la fausta nueva.

—Flor—dijo mirándola fijamente á los ojos, en los que tenía la costumbre de leer los pensamientos de su amiga,—tú me ocultas algo, y tu alegría me indica que tienes buenas noticias que darme. ¿Qué sabes? ¡Habla, habla pronto!

—Nada, chiquilla mía, nada. Sin saber por qué, me he levantado esta mañana más risueña y alegre que de costumbre. Quizás sea un presentimiento. Todo lo que puedo decirte

es que me siento saturada de esperanza, de confianza, y que quisiera infundirtela.

—¡Ay! Algunas veces procuro convencerme á mí misma de que debo confiar; pero cada nuevo día me trae la misma incertidumbre, aumentando mi pena. ¿Dónde está? ¿Qué hace? ¿Por qué no vuelve?

—Va á volver.

—¿Quién te lo ha dicho?—exclamó ansiosamente Aurora incorporándose en la cama.— ¡Flor, repito que sabes algo! ¡Habla!

—Y yo te repito que no puedo decirte nada; pero espera y ora: estoy segura de que Dios te oirá.

—¡He orado ya tanto!... ¡Y no ha vuelto!

—Reza más: acaso mañana será el día feliz. Ruega hoy por mañana, mañana por pasado. Créeme. Y sobre todo, no te desanimes. Tengo fe en un acontecimiento feliz y próximo.

—¿Lo has soñado? Muchas veces tus sueños se han realizado, y sé que crees en ellos. ¡Flor, querida mía, cuéntame lo que has soñado!

La española aprovechó el medio que le brindaba su amiga para dar mayor peso á sus aserciones sin faltar á la promesa que se hizo de no revelar el secreto sorprendido. Hasta entonces no había mentido, limitándose á decir que no podía contarle nada.

Trasladada la cuestión al supuesto ensueño, podía dar algunos pormenores á Aurora y comunicarle mejor su convicción.

—Pues verás: oí en sueños que unas voces conocidas hablaban de Enrique diciendo que se hallaba en camino, hacia París, que estaba ya en Francia, quizás no muy lejos de esta capital, y que un pequeño obstáculo le impedía llegar más pronto.

Aurora escuchaba atentamente con las manos cruzadas. Una oración ferviente subía de su corazón á su pensamiento, y á cada instante esperaba que su amiga, creyéndola ya con aquellas palabras suficientemente preparada para resistir al exceso de alegría, le dijese entre dos abrazos:

—Pues bien; no es sueño, sino realidad: no te lo he dicho desde luego por temor á que te emocionases demasiado; pero va á venir... ha llegado... ¡ahí está!

Mas como no pronunciaba tan lisonjeras palabras, bajó la cabeza y una lágrima humedeció sus pupilas.

—¿Y qué voces eran esas?—preguntó.

—Las de Cocardasse y Passepoil.

Aurora hizo un gesto de desaliento.

—¡Ay; no son ellos los que han de volvérmelo! Cuando los veas, diles que no salgan esta tarde. Tienen que acompañarnos al palacio de Saint-Aignan.



—Créeme, Aurora; déjalos libres hoy, mañana, pasado...

—Créeme, Aurora: déjalos libres hoy, mañana, pasado, mientras que ellos quieran, y aunque debiéramos no salir de casa. Cuando veas volver á Enrique con ellos, no te arrepentirás.

—Como quieras. Pero no lo creo.

Doña Cruz se separó de ella al poco rato, convencida de que acababa de hacer buen uso del secreto que había descubierto pocas horas antes.

## XII

### Nuevas páginas de las "Memorias de Aurora."

En el palacio de Saint-Aignan la de Nevers había encontrado varias veces á una joven ingeniosa, alegre y bastante bonita que manifestaba viva amistad por ella: la baronesa Liana de Longpré, á los ojos de muchos inconsolable viuda, aunque la opinión general era que no lamentaba mucho su viudez. Pequeña, vivaz, coqueta y de aspecto frágil como una de esas estatuillas de Sajonia que sirven de adorno en mesas y rinconeras, de arqueados labios, nariz arremangada, sonrosadas mejillas, rubia y diáfana, hubiera podido ser comparada con un manojo de nervios.